

Hoy hace un año que fué asesinado don José Calvo Sotelo

En memoria

Recordamos hoy una de las más tristes fechas de los últimos años españoles. El sectarismo brutal de los enemigos de la Patria, la persecución constante de que se hacía víctima a cuantos esgrimían con orgullo su título de españoles auténticos, el ataque sistemático a las creencias religiosas y la profanación de cosas santas... todo esto, escarnio y vergüenza de un régimen y de un sistema, culminó en el inicuo asesinato del señor Calvo Sotelo, en cuya dignidad, valentía y patriotismo tenían puesto los ojos la casi totalidad de los buenos hijos de España.

Apena pensar el camino que seguía nuestra Patria. Nave rumbo a los mandatos imperativos de Moscú, se habían relegado los auténticos valores espirituales de España y se renegaba de nuestras verdaderas tradiciones. La hoz y el martillo como símbolo. Prácticamente, la pistola asesina y la tea incendiaria, iban abriendo cada día los negros caminos de la traición y de la violencia. La pluma del terror había ya escrito sus primeros capítulos y era de esperar ya pronto el episodio definitivo y culminante.

Contra esto luchaban, como podían, los buenos españoles. Encarnación de este espíritu patriótico, de esta decisión sagrada, que no se detenía ni frente a la amenaza, ni frente al crimen, era Calvo Sotelo. Forjado su espíritu en el amor a España, templado en las tristezas del destierro, al volver a la Patria se consagró por entero a su defensa. Y en el periódico y en la tribuna, en el libro y en el Parlamento, su voz—voz de España—se alzó impetuosa frente a los que no teniendo razones para sus argumentos, contestaban siempre con la palabra soez o con la amenaza provocativa y violenta.

Calvo Sotelo significó para los españoles atormentados y perseguidos una luz de esperanza. Y pueblo que espera tiene asegurada la mitad de su victoria. Esto lo sabían los enemigos de Calvo Sotelo y de España. Esto lo sabían aquellos Gobiernos nefastos que, como todos los tiranos de la Historia, tienen miedo a su propia sombra, y son capaces de los mayores crímenes para eliminar a los contrarios. Y vino la traición inicua y el asesinato incomprensible. Hoy hace un año justamente. Hoy hace un año que Calvo Sotelo, que había ofrecido a España su vida, pagó el tributo de su sangre generosa alcanzando la palma sagrada del martirio.

Pero los tiranos se equivocan siempre. Debían de saber que no hay martirio infecundo en esta vida. Y que de la sangre generosa de los mártires surgieron siempre las hazañas sublimes de los héroes. Así Calvo Sotelo, con su martirio, abrió el camino de la salvación de España. Los auténticos españoles, llevando en el corazón el recuerdo del mártir inmolado, siguieron con decisión y con entusiasmo al caudillo que la Providencia nos ha dado para conducir a nuestra Patria por la senda inmutable de sus destiños históricos. Y el grito de santa rebeldía cruzó, en anhelos de victoria, por todo lo largo y lo ancho de las tierras españolas.

Desde entonces el martirologio de España ¡ha aumentado con tantos nombres sagrados! Al fren-



D. José María Calvo Sotelo

El gran patriota e insigne estadista que, vilmente asesinado, hoy hace un año, por los sicarios a sueldo de Moscú, abrió con su martirio glorioso los caminos precisos de la resurrección de España.

te de ellos Calvo Sotelo, como el Cid, está ganando batallas después de muerto. Porque, en definitiva, con la sangre de nuestros mártires, con el esfuerzo de nuestros héroes, y con la fe del pueblo se están escribiendo las páginas culminantes de nuestra His-

Calvo Sotelo, mártir de España

Por JOSÉ MARÍA PEMÁN

Artículo enviado a Acción Española el día 13 de Julio, y no publicado por haber llegado cuando ya había sobrevenido el movimiento militar. España, la verdadera España—no esa cosa oficial que usurpa su nombre—tiene desde ayer su mártir. De esto, del mártir de España, que es desde ayer Calvo Sotelo, no hay nada que decir. Primero, porque no es permitido, segundo, porque todo lo dice con su propia e incomparable elocuencia el mismo hecho brutal. De eso no hay nada que decir. ¡Hay mucho que hacer! ¡Y por Dios y por Santiago que se hará! España tiene desde ayer un mártir. De eso no hablamos. Achicamos la visión, reducimos la voz y no decimos más. Acción Española tiene desde ayer una baja irreparable en sus páginas y en sus listas un hermano ido gloriosamente. De eso hablaremos. De lo otro... a su hora.

Todo lo que Calvo Sotelo tenía físicamente de gigantesco, de arrollador—aquella anchura de las espaldas, aquella agresividad del labio bajo—, tenía en él su correlación espiritual en la inteligencia: esto era en él lo grande, lo arrollador, lo agresivo. Todo lo demás valor, voluntad, sensibilidad, era en él inteligencia disfrazada. A fuerza de comprender con claridad y plenitud, vibraba, hacía y se atrevía.

Le maduraban las ideas tan total y redondamente en el cerebro, que por su propio peso, más que por otra cosa, se le iban por los brazos, impacientes de convertirse en hechos. Por esto, por esa tendencia natural de la idea a redondarse en hechos, llegó a ser, a fuerza de inteligente, hombre de acción. Por eso mismo llegó a ser elocuente, con una elocuencia de contagio activo mil veces superior a otras más pulidas y correctas.

Como a pocos hombres, le deparó la Providencia las circunstancias necesarias para prepararse a ser un hombre de Gobierno. Cursó todas las técnicas y las emociones para ello necesarias. Paseó su inteligencia captadora y ávida por todos los medios para ello convenientes. Primero, como diputado maurista, como gobernador civil, el fogoso bisoño de la política en su más baja y mecánica acepción. Luego, en la elaboración del Estatuto, el contacto con la vida municipal, luego el contacto pleno con la vida nacional en el ministerio de más total y ancha intervención. Luego, el austero noviciado para el sacrificio, la tremenda recapitulación y examen de conciencia del destierro: de aquel destierro jugoso, maduro, fértil en crónicas tan llenas de realidades españolas, que nos hacían pensar que nosotros y no él éramos los desterrados.

Y luego la vuelta a España... Salí

ran a ser, ni más ni menos, que una oración fervorosa y emocionada ante su nombre sagrado, y ante todos los mártires de España y de súplica para que la providencia de Dios nos otorgue el rápido y definitivo triunfo de nuestras heroicas armas.

Al recordar esta fecha, EL ADELANTADO, que honró sus columnas con la firma del insigne estadista, quiere dedicarle el homenaje de estas líneas, que aspi-

del destierro como la fiera del cubil. Había que echarse a un lado para dejarlo pasar. Los que estábamos cerca de su escaño cuando su primer discurso parlamentario después de amnistiado, recordaremos siempre aquel leve temblor de su mano antes de empezar y aquel gesto de cansancio tras de una cuesta, con que se pasó la mano por la frente, y antes de decir «señores diputados», murmuró por lo bajo: «Todo llega en la vida...»

Acaso aquel primer discurso fué prematuro. Así lo pensaron al menos algunos. No sé: fué desde luego impaciente, gloriosamente impaciente, como lo fué desde entonces todo en él en su arrolladora ascensión de estos tres años. Todo se le adelantaba: el pensamiento a la voluntad de los hechos; la palabra a las ideas en sus discursos; la respuesta a la pregunta

en la conversación ordinaria. Vivía en un puro empuje atropellado, como si presintiera que le iba a faltar tiempo. Le parecía lento todo: sus amigos, sus colaboradores, la ejecución de sus órdenes, las palabras de su propio hablar. Delante de España y de sí mismo buscaba algo con prisa de locura. Acaso él mismo no sabía lo que buscaba... ¡y lo que buscaba era el martirio!

Ahora, allá arriba, sosegado por primera vez en su carrera, habrá repetido la frase de aquel día: «todo llega en la vida...» O en la muerte: Porque en los designios providenciales también puede ser la muerte el supremo servicio que Dios quiere de un hombre. El es el que mueve los peones. Puede un hombre estar preparado para la menuda dirección de un pueblo, y puede el Señor tenerle reservado para la más austera

Redención

Calvo Sotelo.—Primer aniversario.

Para pasar su vía dolorosa, España, en nueva ruta de su anhelo, necesitó regar su fértil suelo con un ritmo de sangre generosa.

Y el martirio se dió, como una rosa que va buscando su emoción de cielo; y este nombre quedó, Calvo Sotelo, sobre el frío silencio de una losa.

No hay redención posible sin Calvario. Los gritos jubilosos de campaña contestaron al himno funerario.

Calvo Sotelo comenzó la hazaña... ¡Después de muerto, sobre el adversario sigue clavando el corazón de España!

FRANCISCO MARTIN Y GOMEZ

DON JOSE CALVO SOTELO, COFRADÉ DE LA FUENCISLA

Toda obra de educación es lenta. En los organismos sociales el proceso evolutivo es más lento todavía; no es grano de anís cambiar la fisonomía espiritual de un pueblo.

Pero toda obra de educación es segura; llegado su tiempo, no falla jamás. Y cuando la educación es deformadora o en sentido de relajación, la decadencia de la raza y el desastre nacional son horribles e inevitables.

Siglo y medio ha venido laborando el genio del mal, a ciencia y paciencia de quienes debían irle a la mano, en la innoble y aleve tarea de desespañolizar a España, haciéndole aspirar auras primero de afrancesamiento, después de europeización, por último, de rabioso y salvaje panslavismo. Así habían ido desvaneciéndose los tumbres de la tradición y las legendarias virtudes de la raza, y así hemos llegado al borde del abismo, del que nos ha salvado a tiempo la Divina Providencia, no sin hacernos sentir la gravedad de nuestras culpas y la dureza de la expiación.

Estas reflexiones cobran fuerza en nuestro ánimo al recordar una frase de don José Calvo Sotelo cuando acababa de inscribirse en la Cofradía de Nuestra Celestial Patrona la Fuencisla. Era una tarde de novena en Septiembre de 1935, y el ilustre huesped de Segovia, hermano ya de nuestra primera Cofradía segoviana, quiso rendir a la Virgen el obsequio de su asistencia desde el lugar destacado del presbiterio. Ter-

ANTE UNA FECHA

Recibí la noticia de la muerte de Calvo Sotelo, en uno de los puestos reservados a la Falange. La Cárcel. Fueron los camaradas de aquellas horas difíciles, los que me anunciaron que el tuberculoso de cuerpo y de espíritu, Casares Quiroga, había cumplido su asesina promesa.

Allí, entre cuatro paredes, alegres otros días a las horas de visita, hicimos, mientras de nuestras almas salía una oración por el caído, firme propósito de vengar el hecho inaudito de que un Gobierno de España se convirtiera en pandilla de criminales.

Al Padre Nuestro rezado, siguió una despedida eterna. José Calvo Sotelo, ¡¡Presente!! Y nuestros brazos se alzaron y un fuerte ARRIBA ESPAÑA, más caliente que nunca, nos unió para la lucha.

Perdió España, con la muerte de este hombre, uno de los más inmaculados valores de la juventud. En su labor como hacendista, tiene el saldo a su favor, de saber encontrar en una economía deshecha, recursos suficientes para hacer frente a los grandiosos proyectos de otro valor real en España. El conde de Guadalhorce. Ambos, compenetrados y pendientes sólo de un fin—el engrandecimiento de la Patria—, fundieron el cálculo reflexivo y la imaginación creadora, y pusieron en vías de realización la conversión de un país seco y triste, en tierras de esperanza y promisión.

Si siempre consideraremos la desaparición de Calvo Sotelo como una desgracia nacional, en estos momentos de lucha, sentimos la imperiosa necesidad de su presencia, que nos alentaría y serviría de oráculo en nuestras dificultades.

Al hacer su memoria en este primer aniversario, a la vez que tratamos de enaltecerle, debemos todos—como máximo y legítimo homenaje—infiltrarnos de su sentir y afirmar nuestros actos en la justicia y ponderación patria que a los suyos rodeaba.

La Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N.-S., ve en Calvo Sotelo uno de los pocos elegidos, que supo comprender cuanto de verdad había en las palabras y acciones de los que fueron nuestros iniciadores. Y si en alguna ocasión pareció algo distanciado de la juventud falangista, lo fué con la gallardía del que cree en la verdad y por creer la sostiene con hombría. Hoy sería enteramente nuestro y así le consideramos incluido en la Falange inmortal de nuestros Presentes. Arriba España.

HERMOSA,

Jefe provincial de F. E. T. y de las J. O. N.-S.

Calvo Sotelo, parlamentario

Por el Marqués de Lozoya, Cronista de la Ciudad

No hace aún todavía un año que la vida española ha dejado de girar en torno del Parlamento y ya toda aquella complicada máquina de elecciones y de discusión de actas, de proyectos de Ley, debates y enmiendas nos parece algo tan lejano como los concilios de Toledo. De los personajes y personajillos que entonces se creían los ejes del universo y que en cuanto en una sesión alborotaban un poco la daban ya categoría de

función de mártir, de símbolo, de santo y seña.

Nos ha dejado su obra a medias, pero su nombre nos lo ha dejado completo. ¡Calvo Sotelo...! Y Dios es el que sabe cuándo para un pueblo es más útil una labor inteligente y cuánta es más útil un nombre que quede con aire de grito y de consigna. Porque puede ser que con todo lo que él corrió, España hubiera corrido más que él. Puede que fuera ya tarde para la tarea reconstructiva de la inteligencia, de la preparación. Puede ser que sea la hora de gran intuición poética en la que el mayor servicio de España sea este de arrebatar definitivamente los corazones con el ejemplo del martirio.

Pero de éstos dijimos que no hay que hablar. Hay que hacer, y se hará. ¡Por Dios y por Santiago se hará!

No se puede negar que, considerado desde un punto de vista exclusivamente artístico las últimas etapas parlamentarias, pueden compararse con las más gloriosas del siglo XIX y acaso superasen en interés dramático a aquellas famosas contiendas de las primeras Constituyentes entre Manterola y Castelar. Y es preciso convenir en que las derechas tenían toda la razón pero, además, sabían exponerla con mucha mejor oratoria que sus adversarios. No cabe aridez más espantosa que la de los partidos que han venido dominando en España desde 1931. Dejando aparte los elegantes ensayismos de Azaña y la intencionada y aguda palabra de Prieto, lo demás era un verdadero desastre. Algunos figurones como el comunista Bolívar, el catalán Trabal,

Alonso, pasarán a la posteridad corrá. ¡Por Dios y por Santiago se hará!

(Continúa en la página segunda.)

minada la función religiosa, nos acercamos a él para saludarle y expresarle nuestra felicitación, a la que contestó con estas palabras: «Señor obispo, por el hecho de ser españoles, todos somos caballeros de la Virgen».

Esta es la presunción de derecho en este país clásico de la hidalguía, de la caballerosidad, del espiritualismo cristiano. Harto sabíamos todos que la presunción fallaba por influjo de un programa educativo que a cada nueva generación venía acentuando el rebajamiento del carácter y la pérdida de la personalidad histórica. Harto lo sabía también el ilustre estadista que, poco más tarde, en los años del Congreso, y como presintiendo su fin, recogía el guante de los villanos con este gesto de caballero español: «más vale morir con gloria que vivir con vilipendio».

Más la presunción sigue urgiendo, porque establecido el ritmo secular de la raza, sigue apremiando como condición de vida, como imperativo de sangre, como ejecutoria de honor: «todo español, por el mero hecho de tal, es caballero de la Virgen, caballero de la Cruz, caballero de la Fe». Que la sangre de tantos mártires españoles sea fecunda semilla de españolismo recio, puro, neto, cernido, nuestro, en muchas generaciones y por muchos siglos.

† LUCIANO, OBISPO DE SEGOVIA

En Segovia se ha rendido un fervoroso homenaje a la memoria del señor Calvo Sotelo

Solemnes funerales en la Catedral. Brillantísimo desfile. Velada necrológica en Radio Segovia. Comidas extraordinarias en los Establecimientos benéficos

El comercio cerró sus puertas y en los edificios públicos ha ondeado la bandera nacional a media asta

Los funerales

Como estaba anunciado, esta mañana se han celebrado en la Santa Iglesia Catedral solemnes funerales por el protomártir de España, don José Calvo Sotelo, al cumplirse el primer aniversario de su inícuo asesinato.

Segovia ha dado una vez más prueba de su religiosidad y patriotismo, acudiendo en masa a honrar la memoria del gran español. Las disposiciones oficiales que han declarado el día de hoy de luto nacional, se han visto complementadas por el fervor del pueblo que se ha sumado al duelo, demostrando una vez más, de modo bien concreto, la identificación del auténtico pueblo español con sus actuales autoridades.

La asistencia de fieles a nuestro primer templo ha sido extraordinaria, llenando las amplias naves de la iglesia.

Asistieron también todas las autoridades militares, civiles y eclesiásticas. Allí vimos a los gobernadores militar y civil, alcalde de la ciudad, a quien acompañaban todos los concejales; presidente de la Diputación y gestores de la misma; delegado de Hacienda, presidente y magistrados de la Audiencia, fiscal, jefes de Falange Española Tradicionalista; representaciones del Ejército y de todos los centros oficiales y numerosas representaciones y comisiones que sentimos no recordar. Todas estas autoridades tomaron asiento en el presbiterio.

En su trono, colocado al lado del Evangelio, tomó asiento el ilustre prelado de la Diócesis doctor Pérez Platero.

En la vía sacra se había colocado un severo túmulo adornado con paños de terciopelo.

En las naves laterales se colocaron secciones de «pelayos», «flechas» y Falange Española Tradicionalista, con sus banderas y la nacional.

Por un nutrido coro y orquesta se cantó una solemne misa de requiem, cantándose al final un solemne responso.

La solemnidad religiosa alcanzó hoy su mayor grado de emoción y patriotismo, viéndose cómo los fieles seguían las ceremonias litúrgicas con un sentimiento de pesar y de súplica; de pesar por la enorme pérdida que hoy hace un año padeció España y de súplica para que Dios quiera que terminen los días de prueba para nuestra Patria y que la sangre generosa de nuestros mártires y el esfuerzo de nuestros héroes sean semilla

fecunda del alma de esta nueva España grande e imperial.

La oración sagrada

Terminado el oficio religioso, ocupó la sagrada cátedra el muy ilustre señor don Fernando Sanz Revuelta, canónigo magistral de la Santa Iglesia Catedral, quien pronunció una oración fúnebre de arrebatadora elocuencia. Ante la emoción incontentida de los fieles hizo desfilar las tristezas y dolores de España y ensalzó la figura de Calvo Sotelo, campeón de la religión y del patriotismo y mártir de estos sagrados ideales. Tuvo el señor Sanz Revuelta frases de profundo sentido religioso y de elevados sentimientos patrióticos y, tan acertado fué su discurso, que supo llegar profundamente al alma del auditorio.

Imposible, aunque lo lamentamos muy de veras, publicar íntegra esta magnífica pieza oratoria. Nos complacemos, sin embargo, en reproducir a continuación algunos de los brillantes párrafos de la elocuentísima oración fúnebre que fué esta mañana un grandioso homenaje a la memoria del insigne patriota inmolado a la furia de la revolución roja de Moscú.

Dijo así el notable orador:

«El señor Calvo Sotelo era un hombre profundamente religioso, no por puro sentimentalismo místico, sino por firme convicción filosófico-teológica. Y es que sabía él perfectamente que el ejercicio práctico de la religión en sus diversas fases de culto privado, culto público y culto social, es el primero y principal de los deberes del hombre, porque es el deber para con Dios, que le ha dado la vida con sus potencias anímicas y facultades corporales, se las conserva y coopera con él, como causa primera, en todas las manifestaciones de su actividad humana.

Y a fuer de buen estadista no ignoraba que la piedra del altar, ha sido, es y será siempre la base fundamental de una sociedad bien organizada, y que cuando esa piedra se quiebra o se derrumba, se derrumba o se quiebra también la Sociedad que en ella se asentaba. Ni era tampoco un secreto para él, como no lo era para Mella, de quien son estas magníficas palabras, que nuestra bendita nación había nacido a la sombra de la Cruz y que está tan arraigada en su tronco, que si de la Cruz se separase, desaparecería con la savia su alma y sólo quedaría un pedazo del mapa con el nombre de España.

Mas Calvo Sotelo no era de esos hombres, que oyen misa y comulgan

en su oratorio privado y rezan el rosario en familia donde nadie los ve, y luego por el ridículo temor de ser tachados de reaccionarios ofenden a Dios y ultrajan en público los derechos de su Santa Iglesia. No, señores; él no se avergonzaba de confesar ante los hombres sus creencias católicas, como tampoco se avergonzará ahora Jesucristo de confesarle a él ante su Eterno Padre, sino que a más de practicar individual y familiarmente la fe que profesaba, convirtiendo su hogar en un santuario, hacía pública ostentación de ella en la Prensa y en la tribuna, en la iglesia y en la calle, en la plaza y en el Congreso. Pues como era un hombre que ponía nobilísimo empeño en ser consecuente consigo mismo, para serlo también con los demás, se esforzó siempre por armonizar la práctica de su vida con la teoría de su ideal religioso, social y político, llegando a ser, por este procedimiento un buen católico y un excelente ciudadano.

De ahí el ardimiento que ponía en sus palabras cada vez que tenía que salir a la defensa de la religión y de la Iglesia, preterida o atropellada por los gerifaltes de la flamante Constitución, teóricamente laica y prácticamente atea. De ahí la mística exaltación de iluminado con que anatematizaba en el Congreso los sacrilegios, robos e incendios cometidos contra personas y cosas sagradas. De ahí el ímpetu incontentido que ponía en sus frases cortantes como el acero para interrumpir a algún diputado insolente que tenía la avilantez de manillar con su lengua pecadora e inmunda la pureza y santidad del nombre benditísimo de Dios. De ahí, en fin, la santa resignación cristiana y firmísima esperanza de ultratumba que con pocos días antes de su muerte respondía en la Cámara a quien desde el banco azul le amenazara, y a quien yo no quiero ni aun nombrar siquiera por respeto a esta sagrada cátedra: «La vida del cuerpo—le decía al fatídico ministro amenazador—me la podéis quitar; pero ¡ah! la vida del alma no me la quitaréis jamás, porque esta es de mi Dios y Dios y el alma son inmortales.

Terminado el acto religioso muchos de los que al mismo asistieron se acercaron a las autoridades para significarles su pesar ante la fecha luctuosa y su adhesión a la noble y auténtica causa de España.

Como decimos, Segovia en pleno se ha sumado al homenaje, en una imponente manifestación de duelo que pocas veces se han dado en nuestra ciudad. En todos los centros oficia-

les ondeaba la bandera a media asta y en colgaduras y reposteros se habían colocado lazos negros. El comercio cerró sus puertas durante el fúnebre acto y en las oficinas públicas y particulares se dió permiso a los empleados para que pudieran sumarse al homenaje.

El desfile

Después de los funerales, las autoridades se trasladaron a la Plaza Mayor, situándose ante el edificio de la Cooperativa, para presenciar el desfile de la Milicia nacional.

Concedido el permiso reglamentario desfilaron los «pelayos», «flechas» y Falange Española Tradicionalista, daban al pasar ante las autoridades daban diversos vivas patrióticos.

El desfile resultó brillantísimo y el público que se había congregado en la Plaza Mayor aplaudió con entusiasmo al paso de las distintas secciones, mientras contestaba a los vivas patrióticos con una bien visible emoción.

Las autoridades tuvieron frases de elogio para la marcialidad que demostraron en el desfile las diversas secciones.

Al terminar, el recuerdo a Calvo Sotelo se mezcló con vivas a Espa-

ña, al generalísimo, al Ejército y a la Milicia nacional.

Los «pelayos», «flechas» y falangistas siguieron por las calles de Isabel la Católica, Juan Bravo y Cervantes, Azoguejo y calle de San Juan hasta los respectivos cuarteles, siendo saludado su paso con grandes muestras de adhesión y simpatía.

Comidas a los pobres.

Como se había acordado por la Comisión organizadora del homenaje, hoy, en todos los establecimientos benéficos se han servido comidas extraordinarias, demostrándose así que los sentimientos de caridad cristiana, llevados a la práctica, son el mejor homenaje que puede rendirse a los caídos por el nombre sagrado de la España inmortal.

La hora necrológica en honor de Calvo Sotelo

A las dos de la tarde comenzó en Radio Segovia la hora necrológica radiada en honor del protomártir de España, señor Calvo Sotelo. Ante el micrófono de la emisora local, con la emoción propia de la triste fecha que se estaba recordando, se pronunciaron los siguientes discursos:

Calvo Sotelo, símbolo de redención

DON SEGUNDO GILA, por los amigos de Calvo Sotelo, glosa el anterior tema:

Pasarán los años en el correr vertiginoso del tiempo, pasarán los siglos que en la vida de la Humanidad son un instante, y el nombre glorioso de Calvo Sotelo perdurará y no solamente perdurará por el recuerdo de su profundo saber, por su enérgica virilidad frente al derrotismo imperante en los años en que vivió, por su talento clarividente al juzgar a los hombres y acontecimientos de su época, no solamente por esto, repito, con ser mucho, ni siquiera por su amplio conocimiento crematísticos, ni por el concepto totalitario del Estado que tenía, que los hechos vienen demostrando el acierto de su justo pensamiento; perdurará porque la Providencia ha querido hacer de su nombre un símbolo grandioso.

El símbolo del recto proceder contra los vientos huracanados de la adversidad, de encendido patriotismo frente a claudicaciones punibles de quienes se llamaban a sí mismo patriotas ejemplares, el símbolo en suma, del más noble, puro y desinteresado proceder, que fué siempre abnegación y sacrificio cuando de servir a España se trataba, y surgiendo siempre enérgico en defensa de los fundamentales principios de Dios y la Santa Religión, de la Patria y sus gloriosas tradiciones, del Poder único, vinculado en el Rey como garantía de continuidad.

La bandera roja y gualda, felizmente restablecida como enseña de la Patria, recordará siempre, al ondear, el apasionado afán de Calvo Sotelo por verla respetada, bendecida y entusiásticamente acatada, como él la sentía en su corazón y la tenía como musa inspiradora de sus escritos y de sus palabras, siempre ante la vista en su mesa de trabajo.

Calvo Sotelo, elevado por voluntad divina a la categoría de símbolo inmarcescible, lo será, mejor dicho ya lo es, de amor a España, con sus glorias y afanes de ardoroso entusiasmo por el resurgimiento y grandeza y de la inextinguible fe en su destino esplendoroso, logrado por la firme voluntad y el trabajo tenaz de los buenos españoles. De todo esto es y será siempre símbolo y guión la grandiosa

figura intelectual, social y política de Calvo Sotelo.

Pero además, la sangre derramada en su trágico martirio y en su trágica muerte, están operando el milagro de redimir a España. Parece como si las gotas de sangre del glorioso mártir, al difundirse por el ámbito de la nación, hubieran obrado el prodigio de avivar en los españoles el rescoldo de los grandes ideales que Calvo Sotelo atesoraba en su alma.

Y así, el amor a la Patria ha surgido pujante y enérgico en todas esas milicias que son juventud y entusiasmo dentro de la más rigurosa disciplina, puestas al servicio de una España mejor. Y ha surgido un Ejército capacitado, heroico y admirable, de aquel Ejército que Azaña quiso extinguir por trituración y del que Calvo Sotelo dijo en su justicia elogio que era la columna vertebral de la nación. Y el espíritu de ciudadanía se advierte por doquier en las múltiples formas de cooperación a la gloriosa gesta en que está empeñada la Patria, fervorosamente identificada con el caudillo, que por nuestra suerte, la Providencia siempre pródiga con los que en ella creen y de ella esperan, nos deparó casi milagrosamente. Glorioso caudillo a quien Calvo Sotelo desde las elevadas regiones inspirará y protegerá porque está realizando el generalísimo Franco, lo que fueron siempre anhelos vehementísimos de Calvo Sotelo.

Son estos momentos de renuncia a todo lo que no redunde en el mejor servicio de Dios y de la Patria. Purifiquémonos todos y cada uno por el dolor propio y el tremendo dolor de tantas madres como la guerra ha segado en flor las ilusiones y esperanzas puestas en sus hijos muertos en el campo de la lucha o en los hospitales. Démoslo todo sin reservas y sin regateos empezando por hacer ofrenda de nuestra propia voluntad, que en acto sublime de penetración espiritual, no debe querer más que lo que el caudillo quiera, no debe sentir más que lo que el caudillo sienta, no debe pensar más que al unísono del pensamiento del caudillo y solamente así triunfará España definitivamente y nos haremos dignos de merecer la paz.

En el aniversario de la muerte de don José Calvo Sotelo

A continuación, el decano accidental del Ilustre Colegio de Abogados de Segovia, DON FERNANDO RIVAS, pronuncia el siguiente discurso:

Hay en la historia de los pueblos, señores radioyentes, pasajes amargos, páginas y capítulos de desesperación y de vergüenza, que instintivamente, quisiéramos borrar o torcer en su curso, pero que siguen implacables ante nuestros ojos, como una pesadilla que no tiene despertar.

Yo he visto en alguna parte un cuadro de un moderno pintor, en el que un viejo médico, al ir a diseccionar con su bisturí el cuerpo marfileño de una hermosa mujer, muerta trágicamente, se detiene un momento y medita con expresión de emoción, de ternura y de humanidad, como si quisiera resucitarla, mejor que emprender en ella la fría investigación

científica sobre el misterio de la vida y de la muerte.

Así hay que leer algunos capítulos de la historia de España; con la emoción y el sentimiento que producen las grandes desgracias, pero con la resolución decidida y firme de sacar de sus lecciones las leyes que regulan la vida y la muerte de las instituciones y de los pueblos, para contribuir de este modo al resurgimiento y revivir del nuestro.

España en estos últimos años parecía un inmenso campo desierto, sangrante y sombrío como el fondo de una fantasía goyesca que representara un trágico crepúsculo. El régimen imperante, con la silueta cruel de una verdadera anarquía, no sólo presenciaba impasible el hundimiento y la quiebra de todos los valores nacionales, sino que, además, atropes-

aba derechos milenarios, pisoteaba los sentimientos de la nación entera, desmoralizaba al pueblo con la injusticia de sus leyes y amordazaba, en fin, instituciones que en nada se oponían ni podían oponerse a los inmutables principios de ciudadanía de paz y de colaboración social.

Culmina la espantosa tragedia que tan de cerca hemos vivido, con el asesinato alevoso y feroz de mi inolvidable maestro y respetado amigo don José Calvo Sotelo, desgracia nacional que yo he de comentar brevemente en estos momentos, aunque al hacerlo se enturbie mi voz por la emoción y el desconsuelo que en mi espíritu produjo su muerte. El glorioso recuerdo de aquel excelso patriota, verdadero mártir del patriotismo, perdurará siempre en la memoria de los buenos españoles, aureolado con los mejores sentimientos de admiración, de gratitud y de cariño.

¿Quién no recuerda los antecedentes de la tragedia y los detalles de la tragedia misma! ¿Se han repetido tantas veces!

Los manejos de los enemigos de España habían encontrado en el Parlamento y en la Prensa un enemigo terrible en la persona de Calvo Sotelo. Pocos días antes de su muerte, en una de sus insuperables intervenciones en el Congreso de los diputados, había anunciado al mundo los crímenes de la España marxista, proclamando la necesidad de que volviera a nuestra Patria una conciencia nacional. A la terminación de aquel brillantísimo discurso, «La Pasiónaria»—esa funesta mujer por tantos motivos despreciable—le señaló a los asesinos al decir en pleno Parlamento las siguientes palabras: «ESTE HOMBRE ACABA DE PRONUNCIAR SU ULTIMO DISCURSO», y a continuación, él ya entonces nuestro personaje del régimen, Ángel Galarza, tuvo el cinismo de hacer manifestaciones terminantes y concretas refiriéndose a Calvo Sotelo, en justificación del atentado personal. Se estaban, pues, verificando los actos preparatorios del crimen; no tardarían en llegar, desgraciadamente para España, los actos de ejecución.

Y así fué. En la madrugada del lunes, 13 de Julio del año 1936, la fuerza pública, precisamente la encargada por ministerio de la Ley de velar por la seguridad de las personas y de las cosas, llega en una camioneta abierta y oficial de la Dirección general de Seguridad ante la puerta de la casa donde vivía con su familia don José Calvo Sotelo, y mientras unos guardias rodean la manzana de casas donde estaba enclavada la de la víctima, como si se tratase de la captura del más peligroso malhechor, otros guardias, capitaneados por un sujeto llamado Condés, expulsado de la Guardia civil, allanan la morada de aquel modelo de españoles dignos y, pistola en mano, después de un simulacro de registro en algunas de las habitaciones de la casa, obligan al señor Calvo Sotelo a seguirles escaleras abajo, no sin antes haber separado violentamente de su lado a su santa mujer que, abrazada a él y sin duda presintiendo la tragedia, quería a toda costa acompañarle. Los asesinos obligan a su víctima a subir a la camioneta, que arranca velozmente, y no debió pasar mucho tiempo sin que el asesinato se consumara, por cuanto, como después se supo, se había depositado el cadáver en el cementerio del Este por aquellos mismos foragidos, de tres y media a cuatro de la madrugada. Con tan espantoso crimen se acababa de escribir la página más repulsiva de la historia sinistral del mundo.

Y fué entonces cuando el espíritu nacional dormido, con dormitar de abandono y de muerte, despertó con vitalidad suficiente para regenerar a nuestra Patria en una epopeya gloriosa de tanto esfuerzo heroico. El mundo civilizado contempla atónito la gesta inmortal y redentora que en nuestro suelo se desenvuelve, la lucha intensa y decisiva que en estos momentos se libra en nuestra Patria entre la libertad y la esclavitud, entre la civilización y la barbarie, entre la España honrada y la anti-España envilecida. Al enfrentarnos los españoles con esa corriente absorbente de los más puros valores del espíritu, defendemos ciertamente nuestra soberanía, pero al mismo tiempo defendemos el porvenir y los más altos intereses de la Humanidad. Precisamente esta es nuestra mayor gloria y nuestro más legítimo orgullo: el de ser precursores y paladines

Calvo Sotelo, parlamentario

(Véase de la página primera.)

mo prototipo de lo grotesco y alguna vez lograron el milagro de fundir a toda la Cámara desde los socialistas a los tradicionalistas en una inmensa carcajada que producía el efecto benéfico de una inesperada cordialidad.

Después del triunfo de las derechas en 1933, don José Calvo Sotelo, reiteradamente electo, puede, por fin, tomar posesión de su escaño. Los debates adquieren, desde este momento, una mayor altura con la crítica noble y serena, argumentada de un modo formidable, de este gran orador. En sus primeras intervenciones—una revisión de la obra económica de la República y una defensa de la labor de la Dictadura—se advierte cierta inexperiencia, cierto desconocimiento del ambiente que se traducía en nerviosismos y en arrebatos. Su genio, esencialmente caballeresco, tardó en «hacerse» a aquellas interrupciones groseras y mal intencionadas, a aquellos adullidos que eran el arma parlamentaria de las izquierdas. Todos los elementos que hoy integran el «Frente Popular» distinguían a don José Calvo Sotelo como el más refinado de los odios, como representante de la política de la Dictadura. Cuando el genio de Calvo Sotelo alcanzó su mayor altura fué en el debate sobre la represión de Asturias. Con una lógica admirable, servida por una extraordinaria facilidad de palabra, fué examinando la génesis y las consecuencias políticas de aquel enorme error. Los que tuvimos la dicha de asistir a aquel torneo no olvidaremos nunca aquella manera exacta y precisa con que fué determinando la funesta intervención del Presidente de la República, ansioso de ejercer el poder personal que puso entonces al servicio de las logias para salvar al masón Pérez Farrás. La mayoría—Ceda y radicales—profundamente impresionada, saltaba materialmente de los escaños conteniendo a duras

penas sus vehementes deseos de aplaudir. Y acaso fué perjudicial aquel riguroso concepto de la disciplina. Una ovación a tiempo hubiese quizás cambiado entonces el curso de la Historia de España.

He oído después repetidas veces a don José Calvo Sotelo en la segunda legislatura de la República cuando prestaba patrióticamente a los diversos Gobiernos la cooperación de sus extraordinarios conocimientos financieros. Es en estas ocasiones cuando más me satisfacía como orador. Sin el apasionamiento de las contiendas políticas, adquiría su palabra una prodigiosa claridad, libre del nerviosismo que solía restarle brillantez en algunos momentos difíciles. Yo admiraba entonces en Calvo Sotelo al único tipo de orador que plenamente me satisfacía: el que conoce a fondo el asunto y encuentra siempre para exponerlo palabras precisas y exactas. A pesar de la aridez de los temas admirábamos, aun desde un punto de vista exclusivamente artístico, los debates entre Calvo Sotelo, Ventosa—tan competente hacendista como diestro y fino parlamentario—y Chapaprieta, inferior a sus contradictores, pero cuya preparación era notoria.

El último período de Calvo Sotelo como orador parlamentario, es el más interesante. Va desde las elecciones del 16 de Febrero de 1935 a los días que anteceden inmediatamente a su muerte. Sobre el gran patriota gravitaba la pesadumbre de aquel suicidio colectivo que había hecho posible el que los destinos de la España de Carlos V estuviesen en manos de Azaña y de Casares Quiroga, de aquel contubernio de intelectuales y señoritos despatchados, de separatistas, de comunistas y de anarquistas, que se llamó Frente Popular. La política frente-populista, dictatorial en su esencia, hacia al Parlamento del todo inútil, pero era la única tribuna

desde la cual se podía hablar libremente al país y era preciso aprovecharla. Calvo Sotelo, Gil Robles y los diputados que seguían sus banderas, hablaron desde ella a España un día y otro, sin hacer caso de las amenazas y de las injurias de los energúmenos de enfrente. No olvidaremos nunca aquella recia y gallarda figura estremecida por la indignación que se erguía en el escaño para denunciar con palabras trémulas, que a veces se atropellaban en sus labios, los incendios y las profanaciones, los atropellos todos de aquellos meses, que constituyen ante la Historia la razón de la más noble, de la más justa, de la más legítima de las guerras. No ignoraba aquel gran español que se estaba recabando con sus acusaciones implacables su propia sentencia de muerte; que sus enemigos ya pensaban en acallar de cualquier modo, aun a costa de un crimen, aquella voz que exponía ante el mundo toda la vergüenza del Frente Popular.

Corrió un día de Julio—hoy hace exactamente un año—la noticia de que aquellos a quienes interesaba el silencio, habían conseguido acallar la voz que era entonces la voz de España. Corrió la noticia a lo largo de toda aquella tarde por los ámbitos de nuestra ciudad dejando en todas partes «Miedo en el corazón, llanto en los ojos».

Algunos segogovianos asistimos al siguiente día al homenaje imponente que en el cementerio de la Almudena rindió al tribuno caído la juventud de Madrid; la juventud, monárquica o fascista que, en gran parte, había de caer también en el cuartel de la Montaña o en los terribles acosos del verano madrileño de 1936. Como de la sangre de Julio César nació el imperio romano, la de Calvo Sotelo fundaba las raíces del grande, del fuerte, del católico imperio español que con su sombra ha de cubrir de nuevo la faz de la tierra.

ANTOLOGIA DE CALVO SOTELO

de un nuevo horizonte que se abre esplendoroso ante los designios del mundo.

Entre los grandes valores intelectuales y políticos de estos últimos tiempos, se destaca con luz propia y con personalidad bien definida la figura arrogante y prestigiosa del señor Calvo Sotelo. Situado su espíritu por razón de edad—como dice un ilustre escritor—en aquella incipiente madurez que permite simultáneamente la cosecha de experiencias con la siembra de esperanzas, va alcanzando cada vez en mayor grado la serenidad necesaria para sobreponerse a las duras lecciones de la adversidad, sacar provecho de ellas y desenvolver hasta la plenitud la generosidad patriótica de su corazón y la inagotable potencia de su privilegiado cerebro.

Las múltiples y variadas facetas que en el ilimitado campo de los conocimientos anidaban como en propia mansión en el portentoso entendimiento del llorado maestro, rodeaban su personalidad de la aureola del triunfador y del prestigio del más destacado estadista.

En la ciencia del Derecho, aspecto el menos conocido de las actividades del señor Calvo Sotelo, tenía tan sólida reputación y tan bien ganada, que bastaría consignar que, después de haber obtenido premios extraordinarios en la licenciatura y en el doctorado de leyes, a los veintidós años de edad ganó con el número 1 las oposiciones de abogados del Estado, ejerciendo después la profesión en diferentes Colegios de España, publicando en revistas nacionales y extranjeras meritorios trabajos profesionales y siendo, en fin, en el momento de su muerte, presidente de la Academia de Jurisprudencia y Legislación, cargo para el que fue elegido por votación unánime de los señores académicos, los principales juristas españoles, a su llegada a España, después de la persecución y del destierro de la República.

Una prueba más de la vasta cultura jurídica del señor Calvo Sotelo hubo de evidenciarse en una célebre sesión—homenaje que la Academia de Jurisprudencia que presidía, dedicó a don Felipe Clemente de Diego, insigne civilista español y jurista de fama mundial. Intervinieron en aquella solemne reunión prestigiosos maestros del Derecho, Gasón y Marín, Melquiades Alvarez y otros, todos los que pronunciaron luminosos y fundamentados discursos sobre diversas instituciones de nuestro Derecho civil, comentando las ampliamente y proponiendo a la Academia el informe de ciertas y determinadas reformas en nuestra legislación sobre algunas de dichas instituciones. Calvo Sotelo, que presidía la Asamblea, y que tenía más cimentada su fama como político y orador parlamentario que como letrado y orador forense, causó verdadero asombro y profunda admiración en el ilustre auditorio, cuando al hacer, como presidente, el resumen de los discursos, comentó con brillantez insuperable las teorías expuestas por los oradores en sus diferentes temas, y llegó en su afortunada intervención a comparar al detalle con legislaciones extranjeras distintas, nuestra propia legislación, precisamente sobre los puntos tratados por los referidos oradores, de los que, naturalmente, no sabía que iban a ocuparse en aquella sesión hasta el momento mismo de hacerlo. Su fama desde entonces como civilista de primera fila hubo de consolidarse definitivamente. Los ilustres Colegios de Abogados de España, que ya en el año de 1933 y cuando el señor Calvo Sotelo estaba en el destierro, habían hecho justicia a sus merecimientos y excepcionales méritos, eligiéndole, no obstante la oposición ministerial, para formar parte del llamado Tribunal de Garantías como vocal representante de dichos Colegios, en el mes de Enero último estas Corporaciones, como sentido homenaje de admiración y recuerdo imperecedero a la memoria de aquel insigne compañero, acordaron nombrarle DECANO HONORARIO PERPETUO, acordando asimismo que su retrato fuese colocado en el salón de actos de todos los Colegios de Abogados de España.

En el libro de actas del ilustre Colegio de Abogados de Segovia, a cuya Corporación me honro en representar en estos momentos, aparece la que se levantó de la Junta general celebrada el día 13 de Enero del año en curso, donde constan los referidos acuerdos y en cuya acta se lee lo que sigue: «Dada cuenta por el señor secretario del motivo de la reunión, el señor decano hace uso de la palabra para enaltecer la figura del insigne patriota asesinado por el Gobierno de Casares Quiroga, recordando sus intervenciones parlamentarias y haciendo ver la grandeza espiritual

«Las escuelas laicas son anticatólicas y están educando generaciones de muchachos en un ambiente de desorden». «Un espíritu conculcador de la nacionalidad está colaborando con la obra disolvente que realiza Cataluña en España». «El Ejército es columna vertebral de la Patria». «La autoridad es siempre necesaria en toda la clase de economías». «Yo acepto hasta las responsabilidades ajenas si son para bien de mi Patria y para gloria de España»

La verdad religiosa

«Por lo que respecta a la (verdad) religiosa, nosotros, al salir de España, nos habíamos dejado aquí un Estado oficialmente católico, y ahora nos encontramos un Estado laico, que, forzosamente, se reviste con un tinte anticatólico. Pero España no ha dejado de ser católica, aunque lo haya dicho aquel gobernante petulante del bienio indigno (aquí sí que está bien lo de indigno). España no ha dejado de ser católica y esto es lo que hace más grave que el Estado sea laico. ¡Qué impresión más desconsoladora la que en este sentido se recibe en España!»

«A mí esto me preocupa, señores, porque vivimos, desde luego, en una situación de hecho en que el laicismo no avanza, en que las leyes laicas no se aplican íntegramente, quizá más que por los buenos deseos de los poderes republicanos, por las imposibilidades económicas absolutas y mani-fiestas de llegar a la total sustitución de la enseñanza. Estamos en una situación de hecho, de contradicción, de freno para el laicismo, en lo que se refiere a la sustitución de la segunda enseñanza. Pero lo que me preocupa hondamente, y por eso he de discrepar un poco de las palabras del señor Pemán, es lo que se refiere a la primera enseñanza, porque en las escuelas modestísimas de esas villas y aldeas en que no hay cura párroco o solamente hay un cura anciano que no tiene condiciones de vitalidad y energía para sustituir la enseñanza religiosa, las escuelas laicas son anticatólicas y se están formando generaciones de muchachos que, por no recibir la enseñanza religiosa, se están educando en un ambiente de anticatolicismo y de desorden. Y eso es lo que, si no se resuelve rápidamente, será un mal que arraigará en el país y que producirá daños irreparables.»

(1-6-1934.)

La verdad unitaria

«Y la otra verdad española es la verdad unitaria, señores, más sangrienta todavía que la verdad religiosa, porque al fin y al cabo, hay algo de tradición en todos los españoles que se manifiesta—y esto me recuerda la frase de Pemán—en hechos como el de esos comunistas que, cuando llega la Semana Santa en Sevilla, disputan por llevar las andas de la Virgen, lo que no logrará impedir ninguna ley laica.»

(1-6-1934.)

quieren separarse de España políticamente, que es necesario que se separen también económicamente. Pero hacerles saber a renglón seguido que si quieren separarse de España, esta independencia política y económica no se conseguirá más que con la fuerza de las armas...»

(1-6-1934.)

El Ejército, columna vertebral de la Patria

«... El Ejército es, no mero brazo ejecutor de la Patria, sino su columna vertebral. Vivieramos en el siglo más apacible—por ejemplo el de Versalles, y si se quiere el del Congreso de Viena, siglo de diplomacia cortésana y de guerrear bien educado—y podría relegarse al Ejército a un papel extremadamente de primera prestación—por decorativo—pero, en puridad, secundario. Hoy con las Patrias rotas por la catapulta del marxismo, los Ejércitos pueden perder en escenografía, en espectáculo, pero ganan en prestigio y, sobre todo, en rango social.»

to censo. Hay que aumentar el rendimiento del consumo mediante el aumento de precios, pero como esto ha de repercutir más en las clases pobres que en las adineradas, ello explica el recelo a la subida de precios. Se habla estos días de la subida de las subsistencias. La razón de todo está en que se suben los productos industriales y ni uno solo de los agrícolas.

Lo que ocurre es que la ciudad siempre domina al campo, que tiene la obligación de pagar las irregularidades de aquélla y el deber de vender barato. Es un fenómeno que se ha dado también en algunos otros pueblos, sobre todo donde se han realizado revoluciones de tipo marxista. No hace mucho el presidente del Consejo nos decía aquí que en España no ocurría nada porque en Madrid los cafés estaban llenos, los «cines» abarrotados, las calles repletas de gentes y los escaparates iluminados. Pero es que España es algo más que Madrid y que los cafés y los «cines»...»

(2-7-1936.)

La autoridad

«La autoridad pública ha sido destruida y esta es siempre necesaria, lo mismo en una clase de economías u otras; un régimen socialista necesitaría igual autoridad, y para implantarla tendría que comenzar por poner en práctica medidas que hoy vosotros mismos estáis proponiendo y alentando.

Millares y millares de pequeños propietarios le vienen exponiendo a diario la imposibilidad en que se encuentran de vivir, dado el estado en que se encuentra la cuestión social y el orden público en provincias. Y con los proyectos que el Gobierno viene presentando no se logrará más que crear unos campesinos miserables o unos parásitos privilegiados. Dígame lo que se quiera desde la esfera ministerial, se está asistiendo a un fenómeno de socialización. Las repetidas palabras del Gobierno desde el banco azul se ven desmentidas y horladas a diario por los elementos extremistas de toda España, que se burlan de acuerdos de Jurados mixtos y organismos legales para solucionar los conflictos surgidos. El campo sin seguridad, sin autoridad, no se concibe, no puede existir. Y, según frase del señor Casares Quiroga, hoy el campo ríe, pero la ciudad llora. Y es lo cierto, aunque lo neguéis, que vais a remolque de los extremistas, obráis a su dictado, sois sus presos.»

(2-7-936.)

El problema económico español

«España tiene una anulación de capitalización que oscila entre 1.500 y 2.000 millones de pesetas. El problema económico fundamental español estriba en regularizar ciertos ríos y regar millón y medio de hectáreas, que hoy son apenas unos pocos ríos. Ello aumentará la renta nacional en varios miles de millones de pesetas por año; dará medios holgados a 15.000 familias más; consentirá el crecimiento demográfico; ofrecerán una base de consumo a las industrias periféricas y permitirá nacionalizar el cultivo del tabaco, el algodón y el maíz, la cría de aves y la fabricación de abonos nitrogenados, convirtiéndolo así en positivo el signo actualmente inverso de nuestra balanza comercial. No hay otro horizonte ni cabe otra orientación. Pero para abordarla es preciso aprovechar aquella anulación de capitalización mediante la tutela del Estado. El ahorro privado es tímido, las inversiones hidráulicas son de rendimiento lejano y eventual. Interpóngase el Estado entre el capital individual y el servicio público aportando su aval—que es garantía, no desembolso—, y el proceso reconstructivo de España se-

guirá sin más vacilaciones. Esa era nuestra concepción económica. La República la ha desarticulado. Así, fracciona y estatifica la obra de las Confederaciones; priva de sabor integral a los planes hidráulicos, reparte a voleo millones y millones en obras gregarias improductivas, que ni siquiera ayudan al parado, sino muchas veces al holgazán. En fin, dos botones de muestra: se tacha de fantástico nuestro presupuesto de Fomento, que importaba mil seiscientos millones a gastar en nueve años, y estas Cortes aprueban un plan de Obras públicas sólo para diez o doce provincias, con un coste de 335 millones en tres años, lo que representa en toda España y en nueve años, muchos más que el plan Guadalquivir. Otro: se abomina contra las Cajas especiales y las emisiones de Deuda; pero el proyecto Albornoz sobre repoblación forestal estatuye una Deuda forestal, con recursos «ad hoc», Caja también especial... y mientras tanto, un control industrial esquilador, un atentado sin precedentes a la austeridad y prestigio del Banco emisor y un desbarajuste imponente en el orden agrario, unido a la indisciplina social más vergonzosa, bastaría para hundir en el abismo a la economía más robusta del mundo. Es pueril el buscar causa reactiva, cuando tan a la vista y actuales son los que determinan los pródomos de la catástrofe.»

Ex combatientes

«Quiero endosarlo también (vuestro homenaje) a todos los que han sufrido los rigores de la República, a todos cuantos han sufrido con nosotros el destierro, tanto en Francia como en otros países, y a esos y a todos los que nos escuchan digo que nosotros somos los ex combatientes. Fijaos bien, que yo doy una gran importancia a esta palabra de ex combatientes, porque aunque España, gracias a la Monarquía, no tomó parte en aquella terrible conflagración europea, ahora, merced a la República, hemos tenido que pasar por los rigores de una guerra civil con todo su cortejo de persecuciones injustas, y por ello todos los lidiados en esta guerra civil podemos gozar de la misma calidad de ex combatientes de que disfrutaron los de Italia y los de Alemania, que han llevado a sus pueblos a regímenes nacionales que simbolizan la paz, el trabajo y la concordia, y aun los de Francia, que sin tardar mucho la llevarán a un régimen parecido.»

Triste profecía

«Yo tengo, señor Casares Quiroga, anchas las espaldas. Su señoría es hombre fácil y pronto para el gesto de reto y para la palabra de amenaza. Le he oído tres o cuatro discursos en mi vida, los tres o cuatro des de ese banco azul, y en ellos ha habido siempre la nota amenazadora. Bien, señor Casares Quiroga, me doy por notificado de la amenaza de su señoría; me ha convertido su señoría en su objeto, y, por tanto, no sólo activo, sino pasivo, de todas las responsabilidades. Bien, señor Casares Quiroga, le repito, mis espaldas son anchas. Yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que puedan derivar de actos que yo realice, y las responsabilidades ajenas, si son para bien de mi Patria y para gloria de España, las acepto también. ¡Pues no faltaba más! Yo digo lo que Santo Domingo de Silos contestó a un Rey castellano: «Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis; y es preferible morir con gloria que vivir con vilipendio.»

(1-6-1934.)

JOSÉ CALVO SOTELO
Muerto por Dios y por España

y cultural de aquel hombre cumbre, modelo de ciudadanos y de gobernantes, que con su muerte inició el período más trascendental de la España contemporánea, puesto que inició el resurgimiento de la Patria. Todos los colegiados asistentes subrayaron las frases elevadas y patrióticas del señor decano, considerando como uno de los mayores honores de sus vidas contribuir, como contribuían, a acordar por aclamación el nombramiento de decano honorario perpetuo del ilustre Colegio de Abogados de Segovia a favor del excelentísimo señor don José Calvo Sotelo (que en paz descanse), primera víctima causada por los elementos del llamado

Frente Popular, de entre los abogados españoles». Finalmente, el 19 de Mayo último, y a propuesta del ilustre Colegio de Abogados de Granada, acordó el de Segovia fuese colocado en su salón de sesiones un retrato del señor Calvo Sotelo, maestro del Derecho, excelso patriota y mártir por España, habiéndose ejecutado tal acuerdo en el día de hoy, aniversario de su muerte, en cuya fecha el Colegio de Abogados de Segovia se suma reverente a este homenaje rendido a su memoria y eleva fervorosos sus oraciones a Dios, Nuestro Señor, por el eterno descanso del alma de don José Calvo Sotelo, su decano perpetuo.

Gloria al mártir

Se adhiere a continuación al homenaje el alcalde de la ciudad, DON ANDRES REGUERA, quien pronuncia las siguientes palabras: Todas las grandes conquistas de los pueblos, todos los hechos de la Historia que han determinado las transformaciones más hondas e importantes de la sociedad humana, han contado con un precursor de ellas que al actuar con tal carácter, ha servido también de Redentor. Dios Nuestro Señor, en su infinita misericordia, otorgó al género hu-

mano la redención por medio del mismo Dios hecho Hombre. Los altos designios del Creador otorgaron también a otro hombre la misión de redimir a España de la dominación del marxismo, el judaísmo y la masonería, postulados que equivalen al reinado del robo, del crimen y la destrucción. Y como tratándose de una obra divina, ha de ser necesariamente perfecta, Dios quiso que esta cualidad de Redentor de España recayera en un ser dotado de todas las cualidades

más perfectas, dentro de su condición humana.

Bien claro está que al referirnos a este redentor contemporáneo aludimos a don José Calvo Sotelo, que, cual el Mártir del Gólgota, no dudó un momento en ofrendar su vida en holocausto del orden y resurgimiento de España.

¿Quién no conoce la obra de Calvo Sotelo? ¿Quién puede presentar a su haber una labor tan intensa y benéfica para el país como la realizada por este insigne español?

¡Bien lo comprendieron sus enemigos, que eran los de España, al escogerle como víctima propiciatoria! Parecía obligado que yo, como alcalde de Segovia, hiciera resaltar en estas líneas la obra de don José Calvo Sotelo en lo relativo a sus magníficas iniciativas sobre organización de los Municipios españoles, que culminó en la redacción del Estatuto municipal, Cuerpo legal de tan colosal importancia que acusa por sí sólo el inmenso talento de que aquel gran estadista estaba dotado.

Pero como la poderosa inteligencia de este insigne patriota abarcaba todas las facetas del saber humano, preciso es renunciar al examen particular de una de ellas ya que, el hacerlo sería tanto como empujear la memoria de tan magna e ilustre personalidad.

¿Qué otro español de la época contemporánea puede presentar los grandes méritos y servicios prestados al país como los realizados por el gran Calvo Sotelo?

Fué ciudadano ejemplar; sus privilegiadas dotes de inteligencia, sabiduría y laboriosidad, las puso por entero al servicio de España y, finalmente, como sublime colofón de todo ello, ofrendó su vida en holocausto de la Patria.

¿Qué más se requiere para lograr la inmortalidad?
¡Gloria al Mártir!

El presidente de la Diputación

Seguidamente ocupa el micrófono DON ANTONIO SÁNZ GILSANZ, quien pronuncia el siguiente discurso: Ningún hecho en la Historia de un pueblo se produce al acaso y por generación espontánea. Todos, aun los más insignificantes, tienen sus causas enraizadas en la lucha, manifiesta o encubierta, de los elementos determinantes del ambiente social y político en que encuentran atmósfera propicia para producirse; pero mucho menos el instrumento que los provoca y la causa ocasional que le da a la realidad, nacen al capricho de las circunstancias, sino en aneja relación con la determinante que elabora el hecho total y pleno.

El hecho histórico del asesinato de Calvo Sotelo, no fué, por tanto, circunstancial y arbitrario, sino lógica consecuencia de un progreso de persecución, desprestigio y de preteritividad y criminal anulación de los valores eficientes y dinámicos de la vida nacional.

Espíritus mediocres, de psicología viscosa, mitad envidia y otro tanto de vanidad femenina, encarnados, para que nada les faltase, en fisiología enfermiza o contrahechas e invertidas, pretendieron amarrar a sus carros de céasares en decadencia, los destinos de la Patria, sojuzgados a los anhelos de las sectas encubiertas y subterráneas, a quienes estorba el Sol para vivir, porque su ambiente es la obscuridad del crimen, la traición y el oprobio.

Era preciso, para que sus protervos planes fueran realidad plena, hacer desaparecer cuanto representase el antipoda de sus siniestras preocupaciones.

Frente a la mediocridad del pseudo-intelectualismo de sus espíritus ateístas y pedantes, la figura prócer de un talento aristócrata por naturaleza, fecundo por el trabajo y el estudio metodizados, prolífico y eficaz para la iniciativa, y vigorosos al encontrarse servido por la masculinidad de un hombre honrado, patriota y creyente.

Esas virtudes eran un insulto para el señoritismo, ambicioso y cruel, del advenedizo a la vida pública, sin más lastre que los posos del más viejo caciquismo gallego, fermentados al aliento tenebroso del burócrata madrileño, erigido en Júpiter tonante, al servicio de la plebeyez degradada de una masa ineducada y ebria de venganza, predicada ésta por sus gerifaltes de tramoya explotadora e inicuata. El crimen, siempre crimen, lo fué aún más al arrancar la vida a Calvo Sotelo, que por pertenecer ya a la Historia, le nombramos sin apelativos. Crimen, villano y cruel, porque no sólo segó en flor de vida la existencia

de un hombre, sino un símbolo de ciudadanía que, al no poderla no igualar, ni comprender siquiera, sus verdugos, su sola realidad era ya un tormento para sus conciencias reñegadas e irredentas. Era la flor y el fruto de aquella semilla que el verbo sencillamente elocuente del maurismo, del único maurismo que para los españoles ha existido, lanzara años hace el hombre cumbre en anatematizar la soñolienta y olvidadiza ciudadanía española en trance de muerte; y los eternos enemigos de la honra política, de la austeridad del hombre público, de la competencia del estadista y del sacrificio en aras de la España moribunda, tenían que elegir, como víctima de sus cruentos planes, al que llevaba en sí el espíritu del Maestro, para ejemplo de los españoles, sal de la Patria y vergüenza y ludibrio de sus eternos enemigos, aun después de muerto.

Pero se tenía que llegar a más, y se llegó.

El postulado del Maestro y del Discípulo, de respeto a la autoridad, con todos sus prestigios y honores, como principio básico de la vida ciudadana, tenía que bajar con el cuerpo de Calvo Sotelo, ya que no con su espíritu, a una misma fosa.

La autoridad, en sus agentes, fué

el instrumento de que se valieron los asesinos de su cuerpo, sin duda pensando, en sus menguadas intenciones, que con ello herían más cruelmente a la víctima, cuando fué el mayor honor que le pudieron dar. Con él se hundió la autoridad española en su sepulcro, con fango de crimen, cobardía y ultraje, quedando, sobre la faz de la nación, el siniestro espectro de monstruo apocalíptico, para eterna vergüenza de los españoles.

Pero no. El principio de autoridad digna y honorable, se lavó y purificó al contacto con el sangre del mártir en el seno del sepulcro. Calvo Sotelo lo incorporó a su espíritu y en nuevo servicio a su Patria, aun después de muerto, subió a ofrecer el propio sacrificio de su vida, ante el Dios de la Justicia y la Misericordia, y, aceptando amorosamente el holocausto, lo puso sobre su Corazón sangrante de piedad, y nos devolvió la misión augusta de la autoridad, ungiendo con ella al escogido para reparación de su gloria en España y Caudillo de los destinos patrios inmortales.

¡Llor a las muertes gloriosas y fecundas!

¡Maldición para las vidas estériles por la pasión y la venganza, tenebrosas y abyectas!

El gobernador civil

Y cierra la velada necrológica DON MANUEL PEREZ MIRETE, quien en representación del Gobierno del Estado, se adhirió al homenaje con el siguiente discurso:

Radioyentes segovianos: Cuando hace un año, en un horrible despertar, los periódicos franceses me llevaron a San Juan de Luz la noticia del asesinato de Calvo Sotelo, ideado, madurado, dirigido y ejecutado por el propio Gobierno, exclamé, en un rapto de desbordada indignación: «Si ahora no se levantan hasta las piedras, España no tiene salvación; desaparecerá rápidamente como nación civilizada».

Afortunadamente, no fué así. La sangre de Calvo Sotelo fecundó la semilla de las virtudes raciales de nuestra Patria, que estaba enterrada por el arrastre secular de tanta claudicación, de tanta concupiscencia, de tanto vilipendio. Y al conjunto de tan excelso martirio se levantaron hasta las piedras y hoy, en el día de su aniversario, podemos volver la vista hacia atrás y mirar luego en el mapa de España 35 provincias completamente libertadas de aquellas claudicaciones, de aquellas concupiscencias y de aquellos vilipendios y a las quince provincias que faltan, en vía libre y expedita para su rápida e inmediata liberación.

¡Quién me había de decir—rutas indiscutibles de la Providencia—que había de representar yo al generalísimo en los actos funerales de hoy!

Dejadme que manifieste mi orgullo por este privilegio que me otorgó el Destino, en hora de tan honda desventura y que después de oír a los amigos de Calvo Sotelo—yo que lo fui hasta su gloriosa muerte—; y a la representación del Colegio de Abogados—yo que me honro vistiendo la toga—; y a la doble representación de la capital y de la provincia de Segovia—yo que soy, por mi cargo y por mi corazón, un segoviano más—, os diga que el gobernador civil de Segovia pensaba, hace unas horas, cuando presidía, en la dama de las Catedrales españolas, los solemnes funerales por el alma del protomártir del glorioso movimiento salvador. Oíd la invocación de mi espíritu, al espíritu del muerto inmortal.

—No necesitas tú de nuestras oraciones, sino nosotros de las tuyas. Demasiado sabemos los cristianos que los que mueren por confesar y por defender a Cristo, con el bautismo de su sangre van a gozar inmediatamente de Dios, confirmada su santidad por la palma del martirio. Este es el gran bien que te hicieron tus asesinos Azaña, Casares Quiroga y Alonso Mallol. Este Santo Sacrificio; estos cantos fúnebres; esta oración sagrada; estos responsos, no hacen falta para tu eterna salvación. Servirán, sí, para acrecentar tu gloria y el tesoro de la Iglesia. Somos nosotros los que necesitamos de tu intervención cerca del Dios de las Batallas y de la Virgen de la Paz: por eso yo, sacerdote civil de la nueva España, por la confianza del generalísimo, hincando las rodillas en tierra, te voy a rezar esta letanía:

Repetidla conmigo, radioyentes segovianos.

JOSE CALVO SOTELO: Porque enrolaste tu juventud en las filas de las juventudes mauristas, corriendo todos los riesgos y todos los peligros de aquella gran cruzada, la última que se intentó para salvar a España del precipicio en que al fin la hicieron caer las furias tenebrosas de la antipatria; oye lo que dicen todos los jóvenes españoles, mientras se juegan la vida en la vanguardia, vistiéndole la camisa azul, tocada su cabe-

za con la boina roja y a los gritos de ¡Arriba España! y ¡Viva el Rey!... RUEGA POR NOSOTROS.

JOSE CALVO SOTELO: Porque fuiste gobernador civil de Valencia y en aquella provincia quedaron por mucho tiempo los frutos de tu talento, de tu energía, de tu bondad y de tu genio; oye lo que te decimos los treinta y cinco gobernadores civiles de la España liberada, ansiosos de ejecutar fielmente las Ordenes del Caudillo y de conducir a nuestras provincias por las rutas del máximo progreso y de la máxima felicidad... RUEGA POR NOSOTROS.

JOSE CALVO SOTELO: Porque en la Dirección general de Administración local librate a los Ayuntamientos y Diputaciones de la tiranía caciquil mediante sus admirables Estatutos, arrastre de sus gloriosas tradiciones y compendio de la última palabra del Derecho Administrativo Comparado; oye lo que te dicen todos los Municipios de la España liberada, ansiosos de reverdecer las glorias de aquellos Municipios de la Edad Media, base, fundamento, y sostén de la España Imperial de nuestros sueños... RUEGA POR NOSOTROS.

JOSE CALVO SOTELO: Porque

fuiste un ministro de Hacienda genial, organizador formidable, creador —sobre las ruinas de una economía maltrecha— del superávit del presupuesto nacional; oye lo que te dicen nuestros gobernantes, los que están encargados por el Caudillo de dirigir y de encauzar las distintas ramas de la Administración pública del nuevo Estado español... RUEGA POR NOSOTROS.

JOSE CALVO SOTELO: Porque desde el exilio voluntario a donde fuiste llevado por el advenimiento del régimen de oprobio, mantuviste con energía la dignidad de caballero español; oye lo que te dicen millares y millares de españoles, arrancados de su hogar, esparcidos por el extranjero o arrastrando sus contrariedades e infortunios en la añoranza de sus casas maltrechas y de sus familias destrozadas... RUEGA POR NOSOTROS.

JOSE CALVO SOTELO: Porque, en cuanto pudiste, regresaste a España y ocupaste puesto en primera línea para salvarla, dedicando a la tarea todos los afanes de tu vida, el esfuerzo inagotable de tu actividad, puesta al servicio de tu poderosa inteligencia, en el Parlamento, en el mitin, en el periódico, en el libro sin un momento de debilidad ni, menos, de claudicación; oye lo que te decimos todos los españoles empeñados en la gran obra de forjar esa España que tú soñaste, desde el generalísimo hasta el último y más modesto ciudadano, mujeres y hombres, militares y paisanos, sacerdotes y seglares; todos, todos te decimos... RUEGA POR NOSOTROS.

ORACION

Y ya que fuiste el primero en la brecha, para que tu vida ejemplar y fecunda y tu muerte gloriosa fuera el guión de nuestra santa cruzada, ponte también hoy a la cabeza de la legión de nuestros héroes y de nuestros mártires y sé nuestro embajador cerca del Sagrado Corazón y de la Virgen del Pilar, a fin de que conceda pronto la victoria total y definitiva a nuestro glorioso Ejército salvador, para que, unidos los buenos españoles con nuestros obcecados hermanos, iluminados por un radical y perseverante arrepentimiento, trabajemos en la forja de la nueva España Imperial, Una, Grande y Libre, hasta ponerla en la ruta de sus grandes destinos y en vías de franca prosperidad espiritual y material.

Amén, que quiere decir, así sea.

JOSE CALVO SOTELO: ¡PRESENTE!

¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España! ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Con su muerte triunfó

El sol no quiso iluminar la escena. La noche, se ha dicho, es el manto encubridor del crimen, y es, sin duda, porque éste es la manifestación más brutal del espíritu del mal.

Iba a nacer el día 13 de Julio de 1936, y el sol brillante y esplendoroso había de inundar las rientes calles del Madrid mártir. Los hijos de la perversión no querían que el sol luciera, querían empañar su brillo, y en verdad que lo consiguieron.

Lo recuerdo bien. No había una nube que manchara el azul del cielo madrileño, y, sin embargo, la luz aquel día era triste, estaba mortecina. Atravesé, desde mi casa a Las Salesas, las calles de la Villa, y no encontré a nadie conocido. En los rostros de las gentes había algo que yo no me podía explicar, pero que indudablemente representaba una honda preocupación.

Entré en la iglesia de Santa Bárbara antes de ir a Las Salesas. Allí las personas no perdieron su devoción. Pero al concluir la misa, los diálogos se musitaban de oído a oído. Mi mirada trataba de inquirir a qué obedecían aquellos cabileños.

Salí de la iglesia deseando llegar a la sala de Pasos perdidos de la Audiencia, para comunicarme con algún compañero, al que exponer mi inquietud por lo que había visto...

Llenos los pasillos. No se podía apenas transitar por ellos. ¿Qué ocurría? Detrás de mí entraba Guerra del Río. «No sigáis haciendo conjeturas—dijo—. Le han asesinado esos miserables».

Pronto supe que aquella reunión obedecía a querer saber lo que le había acontecido a Calvo Sotelo. «Le habían asesinado esos miserables»... La detención de todos los autores materiales del hecho, que llegan al Juzgado de guardia a la una de la tarde. Los inductores estaban en los Ministerios y en el Palacio de Oriente. Casi minutos después, el nombramiento del juez especial y la intervención en las diligencias sumariales del fiscal de la República. Luego, a la noche, «La Voz» y demás periódicos vendidos al oro ruso, comunican que sólo ha podido ser detenido el conductor de la camioneta en donde los esbirros del Casares Quiroga y del

Azaña condujeron a Calvo Sotelo al lugar del suplicio. A los demás se les facilitó la huida o el escondite. Tal era la justicia republicana.

Yo, que había sentido sublevado mi espíritu porque a la Justicia se la diera un adjetivo, comprendí entonces que habían hecho bien en dársele. La Justicia sin calificativos, ni encubre criminales, ni persigue inocentes. Da a cada uno lo suyo. Pero para esto el juez tiene que ser austero, precisa ser sacerdote enamorado del Derecho, olvidándose del miedo personal, y estar exento de temor, como no sea el que puede producirle el ver manchada su toga. Estas cualidades no se daban en los servidores de Azaña y cuadrilla, pues se habían convertido en sus lacayos para aplicar la Justicia «republicana».

Esta había encubierto a los asesinos y pronto les premiaría su crimen.

Con suprimir, como ellos decían en el argot criminal, al insignie patricio creían habían logrado todo. Ya no tendrían frente a ellos al hombre valiente, al político destacado y al jurisconsulto insigne, que les acusara y pusiera de manifiesto ante el país los atosillados, los crímenes y las infamias que cometían diariamente. Ya no volverían a oír aquel verbo cálido, arrollador y honrado que les retaba un día y otro, con ese valor que produce la posesión de la verdad y el amor al bien. Ya iban a gozar del libertinaje más espantoso para poder convertir a España en un gran país de bandidos y criminales, que habían de disfrutar de «días jubilosos», quemando conventos, destruyendo iglesias, martirizando monjas, robando tesoros...

Olvidaron que Calvo Sotelo sabía iba a ser víctima de sus instintos criminales, pero ofrecía su vida en beneficio de la Patria. No quisieron comprender que la sangre de los mártires germina siempre, y que el cristianismo es la religión de los mártires.

Calvo Sotelo era jurisconsulto por temperamento y por profesión. Sentía en aquel corazón magnánimo toda la grandeza y sublimidad de la toga de la noble clase de abogados, y por ello no transigía con el mal, el error ni el crimen. Tenía perfecto

conocimiento del Derecho, y sabía que para la realización de éste, que culminaba en la Justicia, menester es buscar la fuerza coactiva cuando los hombres se complacen en no cumplir sus normas precisas para la realización del fin social. Por todo ello buscaba la fuerza del Ejército, ya que el seguir pensando podía volver España a una vida de orden y de prosperidad por medio de la discusión razonada y los comicios, era completamente ilusorio, pues la fiera, indultada en Asturias, tenía sus fauces abiertas y nuevamente, con saltos

de felino, se iba a lanzar sobre España.

El Ejército oyó las últimas palabras que en los momentos agónicos, seguramente, pronunció aquel gran abogado, enamorado del Derecho y de la Justicia. El Ejército, el 18 de Julio puso su espada victoriosa al servicio de estos ideales.

La toga y la espada van unidas para bien de España; y en evitación de la tiranía y de la revolución buscarán sólo el imperio del Derecho.

GABRIEL J. DE CÁCERES,
Abogado del Ilustre Colegio de Madrid

CALVO SOTELO

† 13 Julio 1936

Aquella madrugada, como otras muchas, una camioneta de guardias de Asalto dejó en el Cementerio del Este de Madrid el cadáver de un hombre. Los servidores del depósito se limitaron a recoger, sin averiguación alguna, la víctima de aquel día, porque la «camioneta de la muerte» estaba exenta de facilitar dato ni noticia en relación con los cadáveres que allí transportaba antes del amanecer. Era n aquellos vergonzantes asesinatos precusores de las matanzas que en pleno día y sin disimulo alguno habían de realizarse poco tiempo después en Madrid.

Pero la víctima de aquel día no podía escamotearse. Era demasiada pérdida para que España se resignara a sufrirla sin saber cómo. Y en la soledad de un rincón del depósito de cadáveres, arrojado mejor que puesto, sobre una mesa de mármol, con aquella privilegiada cabeza destrozada por las balas, encontramos al mediodía el cuerpo de Calvo Sotelo.

España entera sufrió la convulsión de ver desaparecido uno de sus más preclaros hijos, que era a su vez una gran esperanza, y se dieron cuenta perfecta hasta los más ilusos de cómo estábamos gobernados por una banda de asesinos, que ya ni siquiera cuidaban de disimular sus crímenes.

Cuando al siguiente día del asesinato volvíamos de rendir el último tributo de cariño al desengrado cuerpo del llorado amigo, entre aquella doble fila de uniformes de guardias de Asalto, colocados estratégicamente para que la chusma roja pudiera babear impunemente toda clase de groserías, de modo especial contra las señoras, y para solazarse después ametrallando en las Ventas a jóvenes que regresaban del entierro, alguien me preguntó: «¿Habremos enterrado con Calvo Sotelo a nuestra España?» Nada de eso.

Había sembrado mucha doctrina; había creado una enorme masa de opinión; había sabido ser el vocero de una multitud de españoles que, llenos de patriotismo, se veían interpretados por Calvo Sotelo cuando en aquellos sublimes discursos decía que España no era ni podía ser lo que pretendían los desdichados gobernantes que, moral y materialmente, estaban triturándola. El hombre vidente que anunció los trágicos días que preparaban a España sus desalmados gobernantes y que dijo que el alegre Madrid, que en su haber invocaba el maldito Gobierno del Frente Popular, no podría sustraerse por mucho tiempo al duelo en que el resto del país estaba sumido. Aquel que en pleno Parlamento, contestando a las amenazas de muerte que el entonces jefe del Gobierno le dirigiera con el intento de poner freno a sus verdades, recordó las palabras de Santo Domingo de Silos a un Rey castellano: «Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis, porque es preferible morir con honra que vivir con vilipendio». Aquel hombre, que estaba cierto de que el camino por él emprendido tenía muchas probabilidades

de conducirle, como le llevó, a un trágico final. Aquel hombre, en fin, que logró acumular ciencia, virtud, experiencia en su juventud y un amor a su Patria por nadie superado, tenía que dejar, y dejó al bajar a la tumba, algo más que el sentimental recuerdo de familiares y amigos. Dejó marcada una trayectoria y puestos unos jalones a base de los que esta España inmortal empezó a abrirse caminos de gloria y grandeza. Muchos, acordándose del mártir; otros, olvidándose de él, pero todos inspirándose en sus doctrinas, han de formar la España nueva y grande forjada con

EL GRAN PATRIOTA

Hoy ha hecho un año que asesinaron a Calvo Sotelo.

Los nacionales, aun en plena actividad bélica, le recuerdan y lloran su ausencia, como más podía halagar a un hombre de aquel temple: no con sensibilidad, sino con angustia de desamparo, con afán de llenar el vacío que nos dejó, con contenido de un programa, de sus directrices y de su ejemplo.

Calvo Sotelo, sin partido estatuido, era el hombre en que se posaban todas las ilusiones, todas las esperanzas tranquilizadas de los que querían una España como va camino de hacerse. No era el jefe; era, y de modo intuitivo lo sentía la masa sana del país, el cerebro preparado y en plena sazón y la fortaleza física en pleno rendimiento para el trabajo y el dinamismo.

Calvo Sotelo sentía el ansia de justicia de la masa y despreciaba y contenía de ella lo que tenía de soez en el modo de pedir y de exceso en sus posibles concesiones, en cuanto rozase la vitalidad del Estado en autoridad y en su solidez económica. Sabía de algunos egoísmos (había gobernado) acumulados por años de pesimismo y mollicie en algunas clases, y a éstas se disponía a fustigarlas, para hacer renacer virtudes heroicas, quizá amortiguadas, pero no extinguidas, como claramente en esta lucha han demostrado con su ejemplo prodigalidad en sangre y desprendimiento.

Aquel titán de España no pensaba más que en ella; todo minuto lo aprovechaba para su servicio, pero en el curso de ellos sabía él que los más fructíferos eran los que dedicaba al estudio aislado y silencioso, entre libros y revistas de las nuevas normas de articulado de los pueblos. Así se comprende que Calvo produjese, en aquellos que no le conocían en su inmensa talla de estadista, sorpresa, cuando desviándose de su afición predilecta de economista, abrumara con sus conocimientos en los problemas del agro.

Exilado de España, no siente el menor momento de pesimismo, ni de astenia ante la lucha que se avecina. Se prepara de lleno para ella con bríos inconcebibles: escribe artículos, ordena sus notas, cultiva su inteli-

la abnegación de la juventud que con nuestro glorioso Ejército, prologa su sangre para lavar con ella la duda tantas manchas de vergüenza proyectadas en el suelo patrio por malos españoles.

El cuerpo de Calvo Sotelo, tendido entre sus frías manos la bandera española, fué cubierto de tierra hace un año. Pocos días después, el ondear nuestra bandera en tierras de Navarra me hizo pensar que ella era la inseparable de Calvo. Recuerdo aquella banderita que le acompañó constantemente en el destierro y después en su casa de Madrid ocupó preferente lugar, hasta que fué destruida la noche de la tragedia. Bien pronto la bandera gualda y roja se convirtió en el símbolo de la España auténtica, cumplía lo que le oí decir muchas veces: «Que lo primero que había que restaurar era la gloriosa bandera de España». Serán realidades otras muchas aspiraciones suyas, porque ellas tenían por cimiento su gran amor a España y por éste se vive y se lucha.

Calvo Sotelo, después de enterrado, debe seguir viviendo entre nosotros, colaborando con su alto ejemplo y ayudando con su extraordinario espíritu al alumbramiento de la nueva España.

José Díez-Cordovés

gencia excepcional asistiendo a conferencias y congresos. Presencia en debates de la Cámara francesa, en compulsas en Portugal primero y más tarde en Italia, el resultado íntimo de las nuevas modalidades de gobierno. No pierde un minuto: recibe a los llegados de España con temblor patriótico de inquisitoria de noticias e impresiones. Vive en la soledad de su habitación del modesto hotel parisino la tragedia que se cernía sobre España, con trémolos de ansia lenta por evitarla... Y, por fin, 3 de Mayo del año 34; su incorporación material a España, que había de ser el preámbulo de su gloria por su martirologio, y para la Patria el punto de ignición para su épica reconquista.

¿Cómo entra en su España? Mañana fría y húmeda, borrasca de lluvia incessante desde su descenso en el andén de Bayona. Camino de la frontera en el coche, Calvo, delgado y pálido, con estado emotivo, inquieto constantemente... de su familia... ¡de España! Es su obsesión. Abruma con la pregunta concisa a su formidable colaborador Andrés Amado; pide detalles de su Patria chica a su inmejorable amigo Salgado Biempica (muerto en esta tierra tan noble de Segovia, sin levantar cabeza desde aquel día 13 aciago).

Dancharinea ya está en España ¡por Navarra! en el primer parador, con todo sabor de casa solariega y todo empaque tradicional, aquí el hombre nos ruega que paremos, quiere respirar a pleno pulmón aire de su Patria. Pasado el umbral de aquella mansión, vislumbra un piano; decidido y animoso se dirige a él, lo abre, saca de junto al pecho una pequeña bandera bicolor (que más tarde había de adornar y honrar la librería de su despacho) y, colocándola en el atrio, emocionado y vibrante, con frenética energía hace vibrar las notas del Himno nacional.

Esto fué lo primero que nuestro mártir hizo al entrar en su Patria... Más tarde, todos los sabéis.

DOCTOR GONZALEZ-BUENO

El generalísimo Franco designa un representante suyo en el homenaje a Calvo Sotelo en Tui

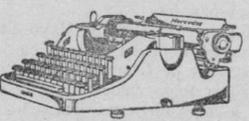
Salamanca, 12.—Una Comisión integrada por varias personalidades de Tui ha estado en Salamanca para hacer entrega a S. E. el Jefe del Estado de una artística y valiosa placa de plata de honor del Comité constituido para el homenaje que al inolvidable patricio y glorioso protomártir de nuestra santa causa, don José Calvo Sotelo, se le ha de rendir en su ciudad natal. El general Franco ha aceptado muy complacido esta presidencia, agradeciendo el delicado presente y designando a su ayudante el capitán de corbeta don Manuel Calderón, para que le represente en la solemne ceremonia del descubrimiento de la lápida de la casa de Tui, en que nació el gran patricio, y que tendrá lugar el día 13 de los corrientes, aniversario de su infame y execrable asesinato.

Lea usted EL ADELANTADO

INVENTO MARAVILLOSO
MAQUINA DE ESCRIBIR
Mercedes electra
 La más rápida
VEINTE COPIAS A LA VEZ



Mercedes Exprés núm. 6
 con TABULADOR AUTOMÁTICO y FAVORIT, últimos modelos
MERCEDES PORTATIL
 al alcance de todos



Calculadoras "LIPSIA,"
 sumadoras para todas las operaciones
 Se hacencambios por máquinas usadas

Pídalas a prueba al representante general para España
REPARACIONES Y ACCESORIOS PARA TODAS MAQUINAS DE ESCRIBIR
OTTO HERZOG, calle Andrés Mellado, 34 Madrid